

FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO

Edición especial

Serie: Grandes biografías

Número 1

Albert Schweitzer

(1875-1965)

Por Gabriel Burgos Suárez

Albert Schweitzer

Folleto teosófico colombiano-Serie: Grandes biografías-#1



ALBERT SCHWEITZER

1875 - 1965

ALBERT SCHWEITZER, San Francisco del Siglo XX

Conferencia de Gabriel Burgos Suárez

Tras haber pertenecido a Francia desde el siglo XVII, Alsacia y Lorena pasaron a manos alemanas después de la guerra que enfrentó a ambos países en 1870 y que concluyó al año siguiente con victoria germana. Los vencedores crearon entonces el Territorio Imperial de Alsacia y Lorena, situación que se mantuvo hasta la Primera Guerra Mundial.

Al finalizar el conflicto, Alsacia y Lorena declararon su independencia. Esta duró solo unos días, ya que el ejército francés ocupó sin problemas ambos territorios. El Tratado de Versalles confirmó la soberanía francesa, que se mantuvo inalterable hasta la invasión alemana durante la Segunda Guerra Mundial. La derrota nazi devolvió a los franceses el control de ambas zonas.

Debido a lo anterior, aunque Albert y sus padres eran alsacianos, tenían nacionalidad diferente; franceses los padres —Adela y el pastor luterano Luis Schweitzer— y alemán el hijo.

Albert Schweitzer nació en Kayserberg, Alsacia, el 14 de enero de 1875. Nace enfermo y débil, a tal punto que se pensó que moriría. Cuando tenía seis meses la familia se mudó a Grusbach, en el florido valle de Münster, de mayoría protestante, y el 1º de agosto de 1875 Luis tomó posesión de la parroquia. El cambio le sentó muy bien a Albert para su salud, pues Grusbach era un paraíso terrenal con sus numerosos viñedos, bosques y montañas. Le fascinaban los vestidos regionales de los campesinos-

Desde muy pequeño se sintió atraído por la música del órgano. Le gustaba cantar y desentonaba, pero con el tiempo fue mejorando extraordinariamente.

Los niños se burlaban de un viejo judío, de nombre Maushe, que llevaba mercancías en un carro tirado por un borriquito. El hombre no se quejaba, pero sufría. Albert salió en su defensa cuantas veces fue necesario, sin que le importara lo que sus compañeros pudieran pensar. Con su ejemplo muchos niños dejaron de burlarse del viejo. ***Por primera vez Albert comprobó la fuerza de la bondad.***

Un día un amigo lo invitó a cazar pájaros. Cuando el amigo iba a disparar, Albert ahuyentó a los pájaros con ruidos y palmoteos. No quería quedar mal con su amigo, pero pudo más su amor por los pajaritos. ***Logró una victoria sobre sí mismo. A partir de ese momento ningún temor le impediría seguir los claros dictados de su conciencia.*** Se fue feliz, aunque su amigo le gritaba que era un cobarde.

Su madre lo llevó al sastre para que le confeccionaran un abrigo. Cuando estuvo terminado el sastre le dijo que parecía un gran señor. No quiso el abrigo, porque sus amigos no tenían dinero para tener uno igual. Eso era injusto. No cedió ni cuando su padre le dio un bofetón y lo encerró en el sótano por su incomprensible tozudez. Desde ese momento insistió en no estar mejor vestido ni alimentado que los más pobres de sus condiscípulos.

Un nuevo incidente corroboró sus sentimientos de igualdad, hermandad y justicia: no quiso la gorra que su madre le quería comprar, por la misma razón anterior. Compró una ordinaria como la de los demás niños.

Se organizaban peleas a la salida del colegio, en las cuales él no intervenía. Albert quería comprobar la fuerza de sus puños. Desafió y le ganó al más grandulón. Éste le dijo: no me han vencido tus puños sino los bistecs que no puedo comerme. Corroboró el triste hecho de que en el mundo hay diferencias de clases. ***Decidió vigilarse continuamente para ser justo.***

Un hombre golpeaba cruelmente a un caballo viejo, con el lomo cubierto de llagas. Albert se estremeció. El mundo era injusto, pero las fuerzas del niño eran demasiado débiles para corregir aquella atroz arbitrariedad. ***Empieza a surgir en él una idea: el respeto por la vida de cualquier ser viviente.*** Esa noche añadió una oración más: «Padre nuestro que estás en los cielos, protege y bendice todo cuanto vive, líbralos del sufrimiento y permite que los animales descansen en paz.»

Por aquellos años sintió el niño Albert Schweitzer la primera llamada al África. Visitó la cercana ciudad de Colmar. Había allí un monumento francés en honor del almirante Bruat, gracias a sus conquistas Francia era una potencia colonial en África. Se dio cuenta de las terribles condiciones de sometimiento en que estaban los pobres pueblos colonizados.

Aparte de ese espíritu de justicia y de bondad que desde los más tiernos años caracterizo a Albert Schweitzer, su alma sufrió también tempranamente un impulso y una vocación que, lo mismo que su bondad, iban a hacerle famoso: *la música*. El arte musical, tanto como la dedicación a la iglesia protestante, era algo tradicional en su familia.

Le llevaron a la clase de música, que, por aquel entonces, en Grünsbach, regentaba una señorita. Albert no alcanzaba a los pedales del piano. No sobresalió por su aplicación; le parecían aburridas las lecciones. Le gustaba improvisar, al principio con un solo dedo.

Un día se desesperó cuando oía a la maestra martillar el armonio. Cuando estuvieron solos le dijo a la maestra: “¿No le parece señorita que la melodía que hemos ensayado resultaría mucho más agradable con acordes adecuados?” Empezó a tocar y del viejo instrumento brotó una rica gama de sonoros matices. La profesora se emocionó y advirtió que contaba con un geniecillo entre sus alumnos. Sin embargo, ella continuó en sus clases con el mismo absurdo sonsonete. ***Por primera vez el pequeño se percató que podía hacer algo mejor que los otros, incluso cosas que las personas mayores eran incapaces.*** Pero veía que no constituía ningún mérito poseer una virtud que no le había costado ningún esfuerzo.

El órgano le fascinaba. Fue a la iglesia, subió al coro, y le pidió al padre Iltis que le enseñara el funcionamiento del maravilloso instrumento. Siguió las instrucciones y rápidamente aprendió a manejar los registros y los pedales. El padre Iltis pronto tuvo un perfecto sustituto y lo dejó que se encargara de los oficios cuando él tenía que salir. Albert se sintió feliz.

En esos días terminó su primaria en Grüsback. El padre lo matriculó en la escuela superior de Münster, Todos los días tenía que caminar tres kilómetros para asistir, que para él eran un delicioso paseo. Tenía 9 años. El paisaje era bellísimo y empezó a escribir poesías en francés y en alemán. Para él la poesía se parecía mucho a la música. Pero él reconoció que sus poemas eran un fracaso. Renunció a la poesía y ensayó el dibujo. En esto tampoco tuvo éxito. Pero en cambio ¡qué fácil era expresarlo todo a través de la música! A partir de entonces nunca más intentó plasmar nada que no fuera con música. ¡Y eso era tan fácil para él!

Después de un año en Münster, su padre decidió mandarlo al Instituto de Mulhouse. Fue a vivir donde su tío abuelo Luis, pero siempre sintió la nostalgia de dejar a Münster. Los resultados en el Instituto no fueron buenos. Se distraía continuamente; su corazón estaba en Münster. (Si perdía el curso perdía la beca que su tío le había conseguido.)

Su profesor de latín le ayudó mucho. Con la ayuda del profesor Wehmann no solo no perdió la beca sino el interés que logró despertar lo convirtió en un estudiante que estaba por encima del nivel normal.

En casa de sus tíos abuelos leía desafortunadamente. Estaba familiarizado con la política europea que le interesaba mucho. Los tíos se quedaban boquiabiertos al escucharlo. Sentía pasión por la historia viva que día a día se reflejaba en la prensa.

Le iba muy bien en el colegio y estudiaba música. El profesor era un organista y pianista célebre: Münsh. Muy pronto se dio cuenta del genio musical de Albert. Se hicieron muy buenos amigos, y lo condujo de Mendelssohn a Beethoven y luego a Juan Sebastián Bach. Eran los primeros pasos del virtuoso organista que un día se haría famoso mundialmente interpretando la música de Bach.

Su bondad se iba desarrollando. El pensamiento inicial que jalonó todo el destino ejemplar de la vida de Albert Schweitzer fue: ***Debemos ser solidarios los unos con los otros, y dar en compensación a los menos favorecidos, tanto en el aspecto material como en el intelectual, nuestro amor y nuestros cuidados.***

Pronto el profesor Münsh le permitió pulsar el maravilloso órgano de la Iglesia de San Esteban. Tenía un don natural para manejar el órgano. Al poco tiempo dio un gran concierto en que el propio Münsh dirigía el coro y la orquesta. Tenía ante sí un brillantísimo porvenir musical.

Llegó el momento de su grado de bachiller. La ceremonia está rodeada de mucha solemnidad, pero él no quiso pedir dinero a su padre para la ocasión. Tenía que ir con chaqueta negra y pantalón rayado. Usó el vestido del tío, bajito y gordo, cuando él era alto y flaco. El distraído señor Schweitzer parecía un payaso. Fue recibido con una carcajada general, y Albert era el más divertido. El Inspector se propuso rajarlo, y no pudo. Resolvió hacerlo en la asignatura de historia, que a Albert le fascinaba. Pronto todos lo escuchaban asombrados. Se graduó con mención honorífica.

Se matriculó en el Seminario de Teología Protestante en Estrasburgo. Será, pues, pastor protestante, como es tradición en sus mayores. Pero, al mismo tiempo, seguirá estudios de filosofía y música. Además, como alumno libre, se matricula en los cursos de la Escuela de Ciencias Naturales, en lo cual está muy interesado. Pero antes viaja por primera vez a París en sus vacaciones.

Para él París significa una sola cosa: allí vive, trabaja y enseña el gran Carlos María Widor, el compositor y organista más famoso del mundo. Es tan famoso que ni siquiera Münsh se atreve a darle una carta de recomendación. Pero llega a la casa de sus tíos Augusto y Carlos, hermanos de su padre. Ellos quieren mostrarle al sobrino “campesino” lo mejor de París. Él les dice que hay algo que es lo que más le interesa de París y del mundo entero: entrevistarse con Widor. La tía Matilde es amiga de Widor, y le da una carta de recomendación. Albert se va feliz a la Iglesia de San Sulpicio, pero se siente temeroso.

Widor lee la carta y le dice: ¿Que quiere interpretar? Bach naturalmente. Lo lleva ante uno de los órganos más famosos del mundo, le explica el funcionamiento del triple teclado, de los registros y de los pedales. En cuanto pulsa la primera nota todo temblor

e indecisión desaparecen. El maestro Widor escucha atentamente la *Fuga en la mayor de Bach*. Widor le pregunta «cuánto tiempo se va a demorar en París.» Solamente tres semanas. «Pues vuelva mañana, no podemos perder ni un solo día.» Albert se siente completamente feliz.

A los 17 años inicia sus estudios de Teología. Tiene una capacidad de trabajo increíble. Estudia en el órgano del Seminario y sigue todos los cursos. Además, es alegre y jovial y sale de vez en cuando a divertirse con sus compañeros. Ellos se admiran de que Albert pueda atender a todo y ser al mismo tiempo un alumno adelantado en tres carreras simultáneas. Él les muestra una hoja de calendario que ha enmarcado, y les explica el 'milagro'. Se trata de una poesía que dice así:

*¡Arriba, siempre arriba!
Haz que mis sueños y anhelos
apunten siempre al ideal que ambicionas.
¡Arriba, siempre arriba!
¡Arriba, siempre arriba!
Y si tu cielo se encapota, haz que arda
con más fulgor aún la estrella de tu fe.
¡Arriba, siempre arriba!*

Esta hoja de calendario preside todavía la mesa de trabajo de su despacho en Günsband.

En 1896, cuando tenía 21 años, se hizo, como él escribe, la siguiente reflexión: Mi felicidad es completa. Son ideales mis relaciones con la familia. Puedo estudiar en la universidad. Tengo algo de artista y me es permitido gozar de cosas bellas. Estoy sano y fuerte. Pero, ¿debo admitir todo esto como cosa natural?

Para él todo lo que hace, por difícil que sea, le resulta fácil, y por tanto sin mérito alguno. Piensa que debería abandonar todo aquello y dedicarse enteramente al amor a sus semejantes.

«Todavía soy demasiado joven —se dice. Aun puedo saborear por algún tiempo esta gran dicha de ahora. Hasta los 30 años viviré para el arte y la ciencia. Luego perteneceré a los miserables, a los que se ven forzados a vagar en las tinieblas.» Albert Schweitzer cumplió al pie de la letra lo que había decidido.

A los 23 años acabó sus estudios de teología y entonces se sumergió de lleno en la filosofía. Obtuvo su doctorado en teología y obtuvo un premio de 12.000 marcos por la rapidez con que terminó sus estudios. Se adentró en estudios metafísicos mientras preparaba su tesis de grado.

El premio le permitió volver a París. Se matriculó en la Sorbona para profundizar sus conocimientos en teología y filosofía, pero el motivo fue entregarse al estudio de la música. En Estrasburgo había dado muchos conciertos de órgano y era muy aplaudido. Quería ahora perfeccionar más sus conocimientos del órgano y profundizar en la música de Bach. Volvió a estudiar con el maestro Carlos María Widor en San Sulpicio.

Por ese tiempo se convierte también en el más fiero defensor de los órganos antiguos y denigra de aquellos instrumentos de 'fábrica'. Muchos viejos y venerables órganos deben a él la vida.

En París estuvo menos de seis meses, en los cuales profundizó en el estudio de la música, y llegó a Estrasburgo con su tesis de filosofía terminada. Más de 300 páginas sobre filosofía kantiana de la religión. A finales del año 1899 obtuvo su doctorado en filosofía.

Antes del doctorado visita a Berlín y percibe el peligro del naciente nacionalismo alemán. El amor a la patria no debe basarse en el desprecio de la humanidad.

Se preparó para la cátedra de teología de la Universidad de Estrasburgo, la cual obtuvo en 1902, al mismo tiempo que era nombrado director del Seminario de Santo Tomás. Aceptó también el puesto de vicario en la Iglesia de San Nicolás. A los 27 años es ya un intelectual y músico famoso. Sus libros de teología y de filosofía, sus tratados sobre la música de Juan Sebastián Bach y sobre las calidades y características técnicas de los órganos viejos, son discutidos en los círculos más selectos en todos los países civilizados. Sus conciertos causan sensación. En España lo adoran y repetidamente da conciertos en el Orfeón Catalán de Barcelona.

Pero se preguntaba, ¿para qué servía todo aquello? ¿Qué sentido tenía ser un artista genial o intelectual de fama si el mundo y los hombres continuaban siendo lo que hasta entonces habían sido, en donde reinaban la injusticia, la pobreza y la ignorancia? De nada valían la sabiduría y el arte si no iban acompañados de la bondad. Da la voz de alarma en sus sermones de la Iglesia de Santo Tomás.

En la casa de un profesor de la universidad se reúnen los sábados por la tarde todas las semanas para discutir sus puntos de vista. Asiste Elena Breslau, una judía berlinesa que había sido bautizada en el cristianismo. Ella ensayaba canciones religiosas con un coro de niños en la iglesia. Un día él le pregunta, «¿qué opina de mis sermones?» Ella nunca le perdía la palabra, pero con gran franqueza le responde: «El estilo deja mucho que desear. Su alemán suena como si fuese traducido palabra por palabra del francés.» Albert le dice entonces: «En tal caso no tendrá usted más remedio que enseñarme.» Vienen las lecciones, y, un día, ella le participa la decisión que había tomado.

Ella viajó a Inglaterra y se interesó por los problemas sociales. El 1° de enero de 1904 decidió seguir un curso de enfermera con las hermanas protestantes de la Caridad. Unas palabras que ella pronunció a raíz de ciertas dificultades que la burocracia puso en un orfanato fundado por ella, quedaron grabadas en la memoria de Albert Schweitzer: **«Quien se propone hacer el bien no puede esperar a que los hombres le quiten por su cuenta las piedras del camino. Todo lo que nos resulta penoso, una vez lo hemos dejado atrás, se transforma en beneficio.»**

Un día hojeó un ejemplar de la revista parisiense *Misión Evangélica*. Allí había un artículo titulado "Lo que necesita la misión del Congo". Pedían un pastor. El misionero

Albert Schweitzer

Folleto teosófico colombiano-Serie: Grandes biografías-#1

Coillard contaba que le impresionó ver que los dignatarios de un gran rey africano se levantaban a una simple indicación suya y decían con sencillez: “Señor, me pongo en camino”

Dios acababa de mostrarle a Albert el camino: marcharía a África. Pero, no solamente como pastor; para mejor ayudar a sus hermanos negros estudiaría medicina. Cuidando sus desvalidos cuerpos la doctrina del amor cristiano penetraría más fácilmente en sus aletargados espíritus.

El 14 de enero de 1905 cumplía 30 años. Recibió felicitaciones de la universidad, de sus alumnos, amigos y del mundo entero. Desde aquel día no pertenece a sí mismo, sino a los demás. Anuncia su decisión y sus cartas causan una verdadera explosión en el ánimo de quienes las reciben. Nadie le comprende. Se volvió loco. Solamente una hermana de la caridad, Elena Breslau, comprende la verdad. Incluso el maestro Widor intentó disuadirlo.

Hasta entonces jamás un catedrático de teología se había sentado, como alumno, en los bancos de la facultad de medicina. Tuvo que solicitar un permiso especial del gobierno. Era un caso insólito, pero también ejemplar.

Era un profundo conocedor del alma humana en sus tres manifestaciones más importantes: Dios, las cosas y el arte. Ahora, con igual interés, se entregaba al estudio del cuerpo. Fueron siete años de duro trabajo en tantos campos, pues además seguía escribiendo brillantes estudios sobre Bach. Su *Historia de las investigaciones sobre la Vida de Jesús* causó una verdadera revolución en el mundo protestante anglosajón. Lo visitaban personajes del mundo entero: desde la reina de Rumania, al poeta Romain Roland, la viuda de Ricardo Wagner, profesores que le doblaban la edad.

De vez en cuando hacia una rápida gira artística, con gran éxito.

Elena logró por fin resolver todo el papeleo burocrático para su orfanato. Albert le dijo: «Tus dotes de organización y tu especial habilidad para sacar dinero, nos serán, algún día, muy beneficiosos.» Eso no significaba para Elena que Albert daba por descontado el matrimonio. Era una declaración amorosa, lo más que podría esperarse de un catedrático de teología.

Un día va de visita a Estrasburgo un matrimonio misionero alsaciano procedente de Lambarene. Se establece una franca amistad. Albert se informa y se documenta sobre Lambarene, en Gabón. Elena asiste a la reunión. Albert quiere que ella esté presente. Al final Albert tiene la seguridad de que Elena será su compañera. Ellos no solamente sabrán vivir ‘el uno para el otro’, sino que vivirán juntos ‘para algo’. Aquella misma noche Albert anunció a sus amigos su compromiso con Elena.

En 1912 obtuvo su tercer título universitario. La música, la más inmaterial de las artes, había pagado los gastos de la larga carrera de medicina. Tenía 38 años. Renuncia a sus

cargos para empezar su tarea en África. La gente, en el templo, solloza emocionadamente.

Se dedica a organizar todo para fundar en el corazón de la selva el hospital que había soñado. Se necesitaba mucho dinero. Él había acumulado considerables sumas que le producían sus conciertos, pero no era suficiente. Algunos le ayudaron, otros simplemente se disculparon. Pero las palabras de Elena sobre las piedras del camino le dieron nuevos ánimos.

Reunió el dinero para la construcción y el mantenimiento de dos años. Comunicó su propósito a la misión francesa de París que divulgó las necesidades de África en aquella revista. Nada pide, solo ruega que la misión le deje llevar a cabo su obra. Se presenta un escollo: para aceptar el ofrecimiento, debía ser examinado su credo. Él, indignado, no acepta. Se transa por visitar uno por uno a los miembros del comité. Por fin dieron su voto favorable. Solo uno prefirió renunciar a dar su aprobación.

Compra todo lo necesario, lo reúne, lo alista, lo empaca, etc. Pero falta lo principal: casarse con Elena. El 18 de junio de 1912 se celebra la ceremonia. No hay tiempo para una breve luna de miel. Por fin, un día de febrero de 1913 están listas las 70 cajas con destino a Lambarene. Parten hacia lo desconocido. Toman el tren a donde acuden sus amigos a despedirlos. Viajan en tercera, única clase en que Albert se permite viajar. Lleva el dinero en marcos de oro en una pesada maleta. Teme una guerra y el oro conserva su valor. Aquel profético temor se cumplió antes de lo que suponía.

Se embarcan en el vapor 'Europa'. Observan las barracas en donde encerraban el 'ganado negro' hasta no hacía mucho tiempo. Oficialmente la trata de esclavos —que eran cazados como bestias— estaba prohibida, pero su práctica continuaba, aunque en menor proporción. La nueva esclavitud era el alcohol, ofrecida por los blancos para explotarlos con mayor facilidad.

De cabo López van por el río Ogoue, infestado de cocodrilos, en un barquichuelo, el *Alembe*. Borrascas, lluvias, sol abrazador, arañas gigantes que invaden la casa. Por otro lado, un paisaje bellissimo. En minutos, sin el casco, un hombre se insola. A lo largo del río se oye el tam-tam de los tambores, y la bienvenida: '*Oganga, Oganga. El hechicero blanco está aquí*'. El tam-tam había avisado de su llegada desde cuando desembarcó en Cabo López. Al despertar el primer día le esperaba una turba de enfermos, en estados lamentables.

En Lambarene no hay ni sombra de hospital, como le habían prometido en París, a pesar de la buena voluntad de los padres misioneros que carecían de mano de obra. Pagaban mejor los que negociaban en madera y además les daban aguardiente. No había medicamentos, y Albert tenía que esperar por los que traía. Instaló un consultorio improvisado al aire libre e inmediatamente empezó a atender y a darles los pocos medicamentos con que contaba. Elena, enfermera, le fue de ayuda preciosa.

La miseria era más espantosa de lo que suponía. El padre Morel y su esposa lo visitaron y le llevaron a un cobertizo medio derruido, donde guardaba sus gallinas cuando prestaba servicios en esa misión. Albert decidió que el gallinero se iba a convertir en hospital provisional, según esperaba. En la puerta puso un letrero que rezaba: 'Médico'. Fue su primer consultorio en el corazón de la selva virgen africana.

En ese hospital había 30 o 40 enfermos. Los indígenas eran indolentes y trabajaban lo justo para comer. Holgazaneaban casi todo el día, discutiendo sobre tabúes, hechiceros, cubiertos de moscas y de piojos. No tenían ningún estímulo para mejorar su condición. En ese clima es como un caldo en que germinan toda clase de microbios y virus malignos. Si alguien se enferma, se limitan a decir que el hechicero de la tribu vecina le ha hecho un conjuro y tiene que morir.

Tam-tam: 'Oganga ha llegado, el hechicero blanco curará nuestros males.' Y de todas partes llegaban en busca del tabú del hechicero blanco. Pero Albert sabía que era el único que podía aliviar, en parte, toda esta tragedia.

Consiguió un ayudante entre los que llegaban, que se convirtió en un regular enfermero. Sabía algo de francés —su lenguaje era grotesco— y traducía lo que los negros balbucían. Estaban convencidos de que sus males eran provocados por los espíritus malignos que contra ellos desencadenaban los hechiceros enemigos o que el 'gusano' —encarnación de cualquier sufrimiento— había penetrado en su cuerpo. El hechicero blanco, simplemente, tenía medicinas y tabúes más potentes que los de sus colegas negros.

Les dio un reglamento para permanecer en el hospital: no escupir, a fin de que vuestros gusanos no ataquen a otros enfermos, etc. Les pidió que contasen por todas partes sus consejos, y los negros se fueron acostumbrando a comportarse con corrección.

Los indígenas cuentan que primero mata a los enfermos, luego los cura y por último los resucita. Así, mientras los cura, no sienten dolor. Albert realiza operaciones. Los cura, y lo adoran. Les habla del Maestro —el más grande de los hechiceros— que se paseaba por la tierra haciendo el bien a todos y enseñando a los hombres, blancos y negros, que tienen el deber de ayudarse mutuamente. Él les dijo que fueran él y su mujer a orillas del Ogoue, y así les iba enseñando que blancos y negros somos hermanos. Les habla del amor cristiano, como si hablase a niños. La palabra de Cristo va penetrando en el corazón de aquellos desventurados.

El consultorio del gallinero es totalmente insuficiente. Pide ayuda a otra misión, y les explica a los nativos cómo construir un verdadero hospital. Unos pocos aceptan, y comienza con ocho obreros. Los que trabajan se van a las madereras. Albert trabaja como un obrero. Los indígenas son perezosos y trabajan con lentitud. Cuando no los miran se escabullen. En una ocasión Albert llama a alguno para que le dé una mano, quien le contesta «Yo soy un intelectual, estos trabajos son indignos de mí.» Albert se

Albert Schweitzer

Folleto teosófico colombiano-Serie: Grandes biografías-#1

dice: «¡Ah! Si yo también pudiera darme el lujo de ser un intelectual.» Son infantiles y les gusta sentirse importantes.

Los amigos de la ‘Sociedad Bach’ de París le enviaron un piano de regalo. Debió ser algo maravilloso escuchar, en noches tranquilas en medio de la selva, interpretaciones en el piano del famoso Albert, de sus compositores favoritos; y para él un placer y un descanso después de las innumerables penalidades del día.

El hospital se construyó antes de las temidas lluvias. Las camas consisten en cuatro sencillas estacas, sobre las cuales unas lianas sostienen unas tablas de madera. Los colchones están rellenos de hierba seca. Las camas deben ser lo suficientemente grandes para que también puedan reposar en ellas dos de los acompañantes del enfermo. Hay quirófano, sala de consultas, y departamento para enfermos graves.

Hace un nuevo embarcadero. Tiene que luchar terriblemente contra las hormigas, insectos y alimañas, peores que las fieras de la selva, que producen destrozos entre la población indígena, donde muchos quedan mutilados.

En agosto de 1914 llega la noticia de que la guerra ha estallado. «El doctor Schweitzer y su esposa son súbditos del emperador alemán.» Por tanto, deben considerarse prisioneros y no pueden abandonar su domicilio hasta nueva orden. Les está prohibida toda comunicación con el exterior. Los negros no comprenden aquel absurdo. Pero, así son las órdenes, pues Albert y Elena, como alsacianos, tienen dos patrias: Francia y Alemania.

Albert aprovecha ahora su tiempo, escribiendo. Escribió el primer volumen de una serie de obras filosóficas, que más tarde darían a conocer su nombre como filósofo en todo el mundo. A través de esas obras queda perfilado ‘el hombre nuevo’ que puede salvar a sus semejantes.

Las autoridades francesas le dejaron reanudar sus labores. Curaba y escribía. Allí se le reveló la idea fundamental de su filosofía: *‘el respeto profundo a la vida’* —a toda vida: hombres, animales y plantas. La salvación del mundo y de la cultura podía derivar de aquella idea.

La salud de los esposos empieza a debilitarse —llevan más de tres años en Lambarene. Ambos sufren de fiebres tropicales. Todas las muelas se les han caído, y están avejentados.

El septiembre de 1917 llega la siguiente orden: «El doctor Schweitzer y su esposa deben embarcar en el próximo barco que está al llegar, a fin de ser trasladados a un campo de prisioneros en Europa.»

Los negros se sienten huérfanos. ‘¡Quién nos curará de ahora en adelante!’ ¡Cuando volverá Oganga con nosotros! Los padres de la misión católica sales a despedirlos y les agradecen por las bondades que tan generosamente han prodigado.

A bordo del *África* no tienen permiso ni siquiera de leer y escribir. Albert se impone la tarea de aprenderse de memoria algunas obras de Bach, usando una tabla pintada como teclado y el suelo como pedales. Así, en su camarote, ‘toca’ durante muchas horas al día, y lo mismo hizo cuando fue internado, junto con su esposa, en un campo de concentración en Francia.

Allí la comida es pésima y se enferma. Pero conoce gentes de muchas nacionalidades, y encontró en esto un motivo de estudio único. Adquirió conocimientos sobre muchísimas cosas: banca, arquitectura, etc. Allí hay algunos músicos y forma una orquesta con viejos instrumentos.

Pasó algún tiempo, y los canjearon por otros prisioneros, viajando a continuación a Suiza, luego a Estrasburgo y a su aldea nativa. Allí se enferma, necesitando una operación quirúrgica. No hay transporte y recorre a pie 15 kilómetros para ser operado en la Universidad de Estrasburgo.

El 14 de enero de 1919 cumple 40 años, y ese preciso día nace su primera hija: Rhena. Está solo a mitad del camino de su vida y obra.

Lo invitan a dar un concierto de órgano en Barcelona. Viaja en tren en tercera clase, como había decidido hacer desde cuando era un adolescente. Lo invitan a dar un ciclo de conferencias en la Universidad de Upsala, en Suecia. Más de 20.000 jóvenes estudiantes y obreros acuden de noche a saludarlo, con antorchas encendidas. En las conferencias habla del ‘profundo respeto por la vida’. Habla también de, los problemas de África. Las colectas se multiplican, todos quieren contribuir. ¡Una mujer dona una manta para los enfermos en Lambarene!

Da conciertos en antiguas iglesias de aldeas donde los viejos órganos suenan maravillosamente. Algunos, que asisten a los oficios semanalmente, al escuchar a Albert tocando, dicen: ‘No sabíamos que este órgano fuera tan bueno’, sin advertir que el prodigio es producido por la genialidad del artista. Las casas editoriales se interesan en publicar su obra, que constituye un éxito mundial.

Construyó una casita en Könisfeld. Se prepara para volver a Lambarene, con el sacrificio de dejar a su esposa y a su hijita —Elena no estaba en condiciones de buena salud para volver. Todos quieren disuadirlo, pero él insiste. En varios países se forman ‘grupos de retaguardia’ para ayudar a resolver las necesidades de Lambarene. El 23 de febrero de 1924 parte en el buque holandés *Orester*. En la aduana francesa comienzan las dificultades, pues el enorme equipaje despierta sospechas. Una pregunta es «¿En dónde está el nombre de la casa comercial?» Albert escribe «Juan Sebastián Bach y Cía.» Los de la aduana, dicen: «Ahora está bien, ¿por qué no lo dijo antes?»

La guerra ha producido un cambio en la población negra pues hay interesados en implantar el comunismo. Los tambores anuncian el retorno del hechicero blanco. El hospital estaba en ruinas y Albert se lanzó a la ardua tarea de recomenzar. Tuvo que ir de poblado en poblado para conseguir hojas para techar, y buscar colaboración que no encontraba. ¡Se trata de vuestro hospital!, les decía. En fin, Albert carecía de todo.

El ejército de retaguardia no se duerme. Manda cuantos recursos están a su alcance, una enfermera maravillosa, un cirujano suizo. Las autoridades le conceden una zona de setenta hectáreas que conoce palmo a palmo y que había solicitado. Es un sitio ideal para construir un centro hospitalario, con edificios más grandes, más claros, más saludables y más sólidos. La nueva empresa lo obliga a permanecer dos años más bajo los rigores del trópico, y lejos de su esposa e hijita.

Sobre el cemento blando de una nave del nuevo hospital, escribió estos títulos: ‘Albert Schweitzer, ingeniero’, ‘Albert Schweitzer, albañil’, ‘Albert Schweitzer, carpintero’. Con igual razón hubiera podido escribir fontanero, agricultor, peón, capataz, etc. Él es el primero en levantarse y el último en acostarse, en jornadas de 12 a 14 horas, a lo largo de todo un año.

Recibe una carta de la Universidad de Praga, nombrándolo *doctor honoris causa*. ¡Poco podían imaginarse los profesores de aquel lejano claustro que el nuevo doctor iba a recibir el nombramiento con la cara descompuesta por la fatiga, sucio, sudado, vestido con un simple overol azul, arremangado y tocado con un casco colonial calado hasta las orejas!

Sus ayudantes europeos colaboraban con él en todo esto. Aquella ‘aldea de la caridad’ significaba la más célebre victoria que podían conseguir en su lucha contra los usos inmoderados y los horrores de la selva.

El 20 de enero de 1927 llega el glorioso día del traslado al moderno y confortable hospital.

Un día llega un elegante vaporcito. Sobre la proa del vapor se leía este nombre *Tech su mycket* — cuya traducción es *muchas gracias*. Era un obsequio de los amigos suecos del doctor Albert Schweitzer, y aquellas eran las únicas palabras en sueco que él conocía. Durante todo el día el vaporcito transportaba a los enfermos a la aldea de la caridad, donde además de cama y cuidados sanitarios, les estaba asegurada la alimentación, gracias a los extensos campos de cultivo. Los indígenas decían: «¡Qué cabaña tan bonita, Oganga! ¡Aquí no se atreverá a entrar el gusano, Oganga!»

El nuevo hospital era una verdadera ‘isla de caridad en un océano de sufrimiento’, suficiente para alojar a más de 200 enfermos con sus acompañantes. *Y todo aquel milagro se debía a la férrea voluntad y a la inmensa bondad del hechicero blanco. Los indígenas, asombrados y reconocidos, se inclinan respetuosamente ante ‘el gran hechicero’.*

Los domingos el sonido del gong, que los indígenas llamaban ‘la voz de Oganga’, era sustituido por el tañido de la campana. El doctor prefería hablarles al aire libre. Dos indígenas le traducían lo que decía, a dos dialectos. Sus sermones eran sencillos, conmovedores y profundamente inspiradores.

Después de cuatro años, está agotado. En 1927 regresa a su hogar. Su madre había muerto hacía mucho tiempo, y su padre había muerto hacía más de un año.

El mundo reclama al músico, al gran pensador y al gran filósofo que tan magnífica obra a llevado a cabo en África. De conferencia en conferencia y de concierto en concierto recorre toda Europa. Las universidades le nombran doctor *honoris causa* y las ciudades le otorgan el título de *ciudadano privilegiado*. Todo esto es propaganda para su obra, y dinero para sus hermanos de África. Continúa viajando en tercera, y sigue siendo el hombre bueno, modesto y lleno de buen humor.

Un presentador en Escocia, le dice: «Me resulta difícil escoger entre sus muchos títulos, ¿Qué le parece a usted que diga?» «Pues bien, diga simplemente que este buen mozo que está de pie, y que por sus largos cabellos se parece a un perro de aguas, se llama Albert Schweitzer.»

En 1928 la ciudad de Frankfort le concede el premio Goethe, que está dotado con 20.000 marcos. Se le cumple el deseo de tener una casa propia en Günsbach. Dice «Goethe construirá mi casa.»

El 29 de noviembre de 1929 emprende su tercer viaje a África en compañía de su esposa. Un cortejo de antorchas de bienvenida sigue a los esposos Schweitzer cuando se dirigen a su casa. El hospital no solo ha seguido funcionando, sino que se ha

engrandecido, y hay nuevos edificios. Hay en ese momento una epidemia de elefantiasis, y, por consiguiente, un gran trabajo.

Elena inaugura un hogar donde los niños negros puedan llegar al mundo. Muchos niños morían por tabúes, superstición, desaseo, prácticas contra la salud. Elena está mal de salud y tiene que regresar a Europa. Su marido pertenece más a la humanidad que a ella, pero a partir de ese momento Albert visitó con más frecuencia a Europa.

Ya se veía venir una nueva guerra mundial por la amenaza nazi. Elena era de familia judía. Schweitzer había denunciado desde hacía varios años la política de Hitler, pero sus compatriotas alemanes estaban sordos. La familia de Elena fue víctima de la persecución nazi. Elena viaja entonces a Lambarene, que es una especie de oasis durante la guerra.

A pesar de la guerra los hombres no olvidan a Albert Schweitzer. Con ocasión de su septuagésimo aniversario, el 14 de enero de 1945 la B.B.C. de Londres le dedica un homenaje radiado. Después de firmada la paz en 1945, Radio Basilea le dedica una emisión especial, con mensajes de toda Europa.

Los editores reclaman obras de Albert Schweitzer, y éste trabaja en la redacción de su *Testamento Teológico* que forma parte de su obra fundamental, que lleva por título general de *Filosofía de la Cultura*.

En 1949 —en el bicentenario del nacimiento de Goethe— visita a Norteamérica en una gira triunfal, con fotógrafos, entrevistas, viajes, conferencias, conciertos, y, donaciones generosas. A veces tiene que encerrarse con llave en su habitación para poder huir de aquel asalto y descansar. Siempre está dispuesto a complacer a todos.

Vuelve a Lambarene con miles de dólares para construir una nueva leprosería, empresa que le toma dos largos años. En 1951 recibe el *Premio de la Paz* que le han concedido los librereros alemanes.

La jovialidad de Albert Schweitzer es realmente proverbial. Solo hay algo que no tolera: perder el tiempo en conversaciones insulsas. Es un ser profundamente sencillo, sin amaneramiento alguno, y no soporta la charlatanería. Detesta los cumplidos, aunque siempre tiene una frase amable para rechazarlos sin herir a nadie.

En 1953 Schweitzer se encuentra de nuevo en Lambarene, en donde recibe la gran noticia: *le ha sido concedido el Premio Nobel de la Paz*. El Parlamento sueco no lo había tenido en cuenta antes, con la protesta general en ese país. Ese premio se le concedió por 'el respeto por la vida'. Él había declarado muchas veces: «Soy un ser vivo y deseo vivir en medio de seres vivos que desean vivir.» Es vegetariano como práctica de respeto a todos los seres vivos. Le preguntan, «¿qué hará usted con 147.000 coronas de premio?» Terminar la nueva leprosería.

Albert Schweitzer

Folleto teosófico colombiano-Serie: Grandes biografías-#1

Tarda un año en ir a recibir el premio, porque primero está su deber con sus enfermos en Lambarene. Viaja a Oslo junto con su esposa. El pueblo noruego en masa lo aclama. Él continúa siendo el hombre modesto y cordial de siempre, capaz de bromear con sus nuevos títulos. «No lades tan fuerte, recuerda que ahora somos Premio Nobel, le dice a su perro mientras le acaricia el lomo».

Einstein calificó a Albert Schweitzer como el hombre más grande de nuestro siglo. Esta declaración es como un simbólico homenaje que la ciencia hace al espíritu.

El gran escritor griego Nikos Kozantzakis puso la siguiente declaratoria a una biografía suya sobre la vida de San Francisco de Asís: *Al San Francisco de nuestro tiempo. Albert Schweitzer*. Evidentemente el paralelo es justo. Si ha de buscarse una comparación histórica con Albert Schweitzer, el *Poverello* de Asís es la figura más adecuada.

Cierta vez un periodista le preguntó dónde deseaba ser enterrado. Su respuesta fue: en Lambarene. No quiero abandonar a mis negros ni aún después de mi muerte. Y es posible que ordene que dejen mi cuerpo en el interior de la selva, cerca de las tribus caníbales, para que así mis viejos amigos puedan roer mis huesos duros. Incluso tengo escrito un epitafio en previsión del caso. Dice así:

Nos hemos comido al doctor Albert Schweitzer, ¡Y hasta muerto era bueno!

Murió en Lambarene el 4 de septiembre de 1965.

